

# El último Perrone y un San Miguel de Tucumán profundo

una historia que deja un sabor dulce, inteligente y mordaz

## NOVELA

**LA SECTA DE PERRONE**  
DIEGO ARMANDO DÍAZ  
(Libros Tucumán Ediciones - Tucumán)

Transcurren los últimos años del Siglo XX y los primeros del XXI en el sórdido San Miguel de Tucumán. Un joven de Aguilares, estudiante de la facultad de Filosofía y Letras de la UNT, reside en una humilde pensión, que está cerca del Hotel Crillon, y también cerca del vagón de tren donde pernocta el mítico escritor tucumano Eduardo 'Buby' Perrone. Fernando Cáceres es simple, amigable, curioso. Conoce a una prostituta que trabaja en el hotel, ella es amiga de Perrone, y acerca al estudiante a conocer al otrora famoso escritor, ahora devenido en una sombra linyera pero no melancólica, de su efímera fama durante los años setentas. En la Facultad de Letras, Fernando -que viene del interior de la provincia- va descubriendo las penurias y gratitudes que representan los primeros años de estudio. Forja amistad con otros jóvenes entusiastas de las letras. Proyectan la publicación de una revista literaria; los inconvenientes monetarios y organizativos entor-



DIEGO ARMANDO DÍAZ

CRUDO REALISMO. Diego Armando Díaz indaga en los procaces bajos fondos y en la prosaica belleza de una ciudad mítica y profunda.

pecen el proyecto, pero no totalmente.

Ese círculo de novatos escritores aboga por conocer al peculiar Perrone, autor de *Preso común* (1973), *Visita, francesa y completo* (1975), que no es cir-

ja ni croto, sino un escritor linyera. Perrone domina el noble arte del diálogo, siempre perfumado de vino y cigarrillos, generosamente proporcionados por sus curiosos interlocutores.

Perrone vive entre sus re-

cuerdos del éxito editorial en Buenos Aires, su amistad con escritores de la talla de Osvaldo Soriano, de la prohibición de su obra por la Junta Militar de 1976, y su vuelta a la vida en la indigencia en Tucumán. Este

Perrone literario (como si fuera un *doppelgänger* de aquel accidentado Morelli de Rayuela) muere en 2009, a unos pasos del vagón de tren abandonado donde vivía junto a sus perros, nadie reclama sus restos, no hay

velorio ni funeral. Y quizás por esa deuda impaga de la sociedad para con la memoria del escritor linyera, Fernando Cáceres y sus amigos conjurarán la Secta de Perrone.

Con una prosa simple, ágil, y un crudo realismo, Diego Armando Díaz indaga en los procaces bajos fondos de la Ciudad, en el silencioso sacrificio que comporta que un joven de bajos recursos forje su propio destino (a contramano de una tradición familiar lejanas a los títulos académicos) en una carrera de grado universitario, en el amor siempre lejano, siempre posible, y en la prosaica belleza de un San Miguel de Tucumán mítico y profundo. Precisas y minuciosas dosis de fino humor operan como bisagras entre los breves capítulos del libro; así, *La Secta de Perrone* no resulta una obra planífera en modo alguno, sino un amable texto que deja un sabor dulce, inteligente y mordaz, que es el sabor de la auténtica literatura.

Diego Armando Díaz nació en Aguilares en 1980, es profesor de Letras por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNT, es autor también de *Don Ariste Núñez, el historiador de Aguilares*, publicado en 2021.

© LA GACETA

CÉSAR DI PRIMIO ◆

## La educación como resonancia mutua

Los seres humanos anhelamos *resonar*, esto es, tener relaciones significativas con las personas y las cosas. La verdadera educación es siempre un proceso de resonancia a partir de un encuentro personal. Educar es soplar suavemente sobre una llamita para que pueda llegar a ser una espléndida hoguera

El sábado 20 de mayo tuve ocasión de asistir en el magnífico teatro del Museo de la Universidad de Navarra al acto de graduación de los estudiantes de mi Facultad de Filosofía y Letras. Había impartido clase a un buen número de los que se graduaban y resultó una jornada emotiva de felicitaciones, abrazos y fotos con los grupos familiares.

Sin embargo, lo que más me impresionó de toda la celebración fue algo que dijo el profesor Álvaro Sánchez-Ostiz en su bello discurso agradeciendo su elección como padrino de la promoción. Venía a decir que «al nombrarnos padrinos o madrinas, nos recordáis que hemos hecho saltar con vosotros cierta chispa de conexión humana. Y es delicado asunto este de la conexión humana. Para no sonrojarnos, solemos dejar a poetas o filósofos que describen cómo y por qué los seres humanos llegamos a sentirnos vinculados... a pesar de que la forma más corriente de sabiduría consiste en la resonancia mutua. No es una mera tendencia de

los humanos: ¡es lo que nos hace humanos! Estamos hechos para aprender y lo hacemos conectando con nuestros semejantes».

Hace varios meses leí con interés al sociólogo alemán Hartmut Rosa que ha escrito abundantemente sobre la noción de "resonancia", tomada originalmente de la música, y que Rosa aplica no solo a las personas con las que conectamos, sino también a la naturaleza, a las obras de arte o a los libros. Frente al 'modo agresivo' de estar en el mundo que ha hecho posible los éxitos espectaculares de la ciencia, la técnica y el desarrollo del bienestar, Rosa sostiene —escribía yo en LA GACETA Literaria el pasado enero— que «el modo fundamental de la existencia viviente del ser humano no es disponer sobre las cosas sino entrar en resonancia con ellas». Me pareció no solo heroso, sino profundamente verdadero: lo que los seres humanos anhelamos no es controlar el mundo, sino resonar, esto es, tener relaciones significativas con las personas y con las cosas.

◆ Por Jaime Nubiola  
PARA LA GACETA - PAMPLONA



VÍNCULOS. Estamos hechos para aprender y lo hacemos conectándonos.

Sin embargo, las palabras de mi sabio y joven colega que escuchaba en el acto de graduación daban un paso más allá de Hartmut Rosa,

que me parece muy importante para comprender en toda su hondura el propio proceso educativo. Sugería Sánchez-Ostiz que la ver-

dadera educación es siempre un proceso de resonancia basado en el empeño del profesor en «el bien y la libertad de sus alumnos: solo así puede compartir lo mejor que tiene, que no son las respuestas, sino el modo de hacer preguntas». Es así. La educación no tiene nada que ver con el adoctrinamiento: como ya advirtió Plutarco en su *Ars Audiendi*, educar no es llenar un vaso, sino más bien encender un fuego, o —me gusta añadir a mí— quizá soplar suavemente sobre una llamita para que pueda llegar a ser una espléndida hoguera.

En mis años de trabajo universitario he podido comprobar una y otra vez que esto es así: los mejores profesores son aquellos que "resuenan" en y con sus estudiantes, que ven brillar los ojos de sus alumnos por las ganas de aprender. Por eso me ha encantado leer en el reciente libro *Acompañamiento educativo: el arte de cuidar y ser cuidado* (Khaf, Madrid, 2022) la defensa que hace Xosé Manuel Domínguez de la educación como encuentro entre perso-

nas. Copio: «La educación la vivimos como un proceso de encuentro entre personas, como un acontecimiento que trasciende la transmisión de información, la realización de tareas o la corrección de exámenes. Y justo esto es lo que nos produce alegría profunda, lo que da sentido al día a día de nuestra tarea educativa: las personas con quienes nos encontramos y las personas para quienes trabajamos» (p. 10).

De ordinario, quienes se ocupan de la administración educativa centran su atención en los planes de estudio, la adquisición de competencias, la planificación docente, la formación del profesorado y cosas de este estilo, pero casi nadie advierte que la educación es sobre todo un encuentro personal, que la educación solo se da si profesores y estudiantes resuenan mutuamente.

© LA GACETA

Jaime Nubiola - Profesor de Filosofía en la Universidad de Navarra (jnubiola@unav.es).

## Jubilación universitaria

◆ Por Raúl Courel  
PARA LA GACETA - BUENOS AIRES

Si usted es profesor de una universidad como la de Buenos Aires y cumple 65 años debe jubilarse, a menos que la institución encuentre que todavía puede ser útil y lo designe profesor consulto o emérito. En este caso le será reconocida no sólo una loable ancianidad académica sino la posibilidad de servir todavía para algo, aunque ya no se le permitirá formar parte del claustro de profesores. Se supone que usted ya no está en condiciones de ofrecer luces elevadas en la cúspide de la academia moderna que es la universidad.

No ocuparemos el tiempo en devaneos acerca de si el saber está más cerca de la azotea que del sótano, resulta más interesante advertir que si Sigmund Freud hubiera sido miembro de nuestro

claustro lo habría abandonado tres años antes de escribir *El malestar en la cultura*, seis antes de sus *Nuevas aportaciones al psicoanálisis*, y ocho antes de su *Moisés y la religión monoteísta*. Si el caso fuera el de Noam Chomsky, actualmente en el Massachusetts Institute of Technology, desde hace varias décadas no tendría voto alguno en la política universitaria, y si Lacan hubiera estado entre nosotros, se tendría que haber mandado a mudar bastante antes de escribir *L'etourdit*, dejando su lugar a otros con la mente más fresca. Algo similar habría sucedido con B. F. Skinner, que al escribir su *Beyond Freedom and Dignity* dos años después de retirarse de nuestra casa de altos estudios, hubiera provocado en quienes se ocupan

de discutir ese texto la sospecha de que tal vez no lo produjo en el mejor estado de su intelecto.

Todo tiene sus razones y, en este caso, se trata de que nuestra principal universidad sea conducida por cerebros jóvenes, o no muy viejos, que son más rápidos y más brillantes que los de quienes han pasado los sesenta y cinco. La mejor prueba sería ofrecida por los matemáticos y los músicos, que demuestran que el genio pertenece a la mocedad. Por eso, ningún integrante del grupo de matemáticos franceses que utiliza el seudónimo "Nicolás Bourbaki" puede tener más de cincuenta años. Beethoven ni siquiera hubiera tenido que jubilarse, puesto que murió a los 57 años, mucho menos Mozart, desaparecido a los 35. El

caso de J. S. Bach ofrecería la coincidencia más apropiada falleciendo a los 65, inmediatamente después de jubilarse.

Por suerte, en la universidad no todo es matemática y música. A los casos antes referidos, sin abundar demasiado, agreguemos el de Miguel de Cervantes, que al momento de escribir su dedicatoria a Los trabajos de *Persiles y Sigismunda* ya habría dejado de ser profesor regular de la UBA. Ese texto magistral y sobrecogedor, que comienza diciendo "puesto ya el pie en el estribo...", que escribe enfermo y a punto de morir, no hubiera estado a la altura de lo que esperaríamos de un par nuestro. Y aunque Carlos Menem sí podía ser reelecto a los 65 años como presidente de la República, eso no ha-

bría servido para que José Saragat no tuviera que retirarse de la docencia universitaria once años antes de recibir el premio Nobel.

Pablo Picasso hubiera empezado a trabajar con cerámica sólo después de jubilarse como profesor regular, de modo que no habría participado gozando de esta jerarquía en el Congreso de Intelectuales de Breslau, ni pintado, a los 69 años, "Mujeres en la Orilla del Sena", ni sus cuarenta variaciones sobre "Las Meninas" de Velázquez, a los 76, ni las 347 aguafuertes que hizo teniendo 87, ni su serie de autorretratos pintados a los 91, con la muerte ya encima. Por último, se estima que Kant tenía 70 años cuando escribió *El conflicto de las facultades*, donde

aborda con especificidad la cuestión universitaria. Para entonces ya habría dejado de ser uno de nuestros profesores regulares.

Quien sabe, tal vez no esté mal, si se hace desaparecer de los claustros universitarios a quienes se aproximan al final de sus días, ser profesor regular de la UBA podría ser un indicador de buena salud que permitiría un descuento en la cuota del seguro. Eso sí, nada de pretender que en la universidad alguien se meta con asuntos sobre los cuales sólo los viejos profesores tienen algo para decir.

© LA GACETA

Raúl Courel - Psicoanalista tucumano. Ex decano de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires.